

ARTÍCULOS

El uso y el abuso del sentido de la “generación de 1898” de España

E. INMAN FOX

DURANTE estos meses de reflexión sobre el significado del momento histórico de 1898, creo que conviene examinar de nuevo los orígenes del sentido y el uso de la invención del concepto de la llamada “generación de 1898”; y cómo, a lo largo de los años, los cuatro artículos publicados por Azorín en *ABC*, en 1913, fueron recogidos y utilizados de manera que poco a poco llegaron a tergiversar la obra y el pensamiento de los del 98, incluyendo los del mismo Azorín.

Primero, vale señalar que fue Auguste Comte, en su *Cours de philosophie positive* (1839), el primero en elaborar una teoría científica de generaciones, basada en un sistema de convicciones y nociones fundamentales definido por intervalos de conservación e innovación. Pero Wilhelm Dilthey es el primero en aplicar el concepto de “generación” a la historia de una cultura intelectual, haciendo hincapié en la idea de un círculo de individuos que comparten unas vicisitudes vitales y momentos históricos durante una edad de “receptividad”. A través de estos estudios y otros por historiadores de importancia (como Ranke o Lorenz) encontramos hacia finales del siglo XIX la “generación” como concepto historiográfico, derivado de la sociología positivista, fue ya un lugar común del lenguaje intelectual¹. También vemos que entre los intelectuales españoles a la vuelta del siglo se utiliza el término frecuentemente en un sentido menos teórico, pero no menos específico, implicando cierta mezcla de idealismo y determinismo biológico.

Coincidiendo con el desarrollo de la noción de “generación” como concepto historiográfico, había una tendencia, sobre todo en Alemania y Francia, hacia la transferencia del método científico a los estudios literarios (*literaturwissenschaft*). Y con Darwin y Spencer el evolucionismo llega a ocupar un lugar importante en el pensamiento positivista, aunque fue mitigado en las ciencias humanas por la influencia de la distinción hegeliana entre los productos del espíritu y los procesos naturales. Taine, en su historia de la literatura inglesa (1866), utiliza ideas evolucionistas; y en Inglaterra, John Addington Symonds aplica la analogía biológica a la historia del drama isabelino (1884) y escribe ensayos sobre la teoría de la evolución y la historia literaria. Y Ferdinand Brunetière, creyendo que la literatura poseía el “principio suficiente del desarrollo”, trata los géneros literarios como especies biológicas, en sus estudios sobre la historia de la literatura francesa (1890, 1898).

¹ Julián Marías estudia los antecedentes de la historiografía generacional en *Generaciones y constelaciones*, Madrid, Alianza, 1989.

En cuanto corresponde a España, entre los académicos, los que ha estudiado la “generación del 98”, no se ha dado cuenta siempre de que los escritores del 98 pertenecían al primer grupo de intelectuales en España que intentó asumir un papel rector en la formación de una especie de conciencia pública en oposición a la situación en que se encontraban la política y la sociedad de la Restauración. Siguiendo a los “dreyfussards” en Francia, fueron decisivos en introducir en la lengua española por primera vez el uso de “intelectual” como sustantivo, elevándose así simbólicamente a una clase en la vanguardia política y social. De hecho, ya en el cambio de siglo se empieza a comentar en los periódicos y revistas sobre “la juventud intelectual”, “la gente nueva”, o “la nueva generación” -es decir, una generación de intelectuales de 1898 distinta, por cierto, de la generación literaria que inventó Azorín en 1913-, que nace a raíz de la crisis *fin de siglo* en España, cuya manifestación más dramática fue la política de la Restauración y la consiguiente derrota militar de 1898. Así es que, al principio, estas denominaciones se utilizaban para definir grupos de intelectuales, escritores y políticos que se caracterizaban más bien por una protesta contra lo establecido, por una tendencia hacia el conocimiento de lo nuevo y un afán regenerador, político y cultural. Más o menos en estos términos describe Ramiro de Maeztu la juventud española en un artículo de 1902, titulado “Una generación”, y en que relacionándola con la fecha 1898, escribe: “En España no hay más que dos clases de hombres: los anteriores a 1898 y los que han venido después” (*La Publicidad*, 5-XI-1902). Y fue común, como ahora sabemos, que colaborasen juntos literatos, pensadores, políticos en una misma empresa -revistas y periódicos- para abogar por la renovación cultural y política de España. Es decir, colaboraron escritores tanto como Azorín, Baroja y Unamuno, por ejemplo, como los periodistas, profesores universitarios y políticos como Jaime Vera, José Verdes Montenegro, Julián Besteiro, Adolfo Posada, Tomás Elorrieta, Federico de Onís, Pere Corominas y Luis Zulueta², hecho que ha sido a menudo mal interpretado o ignorado por críticos literarios igual que por historiadores.

Es, entonces, una equivocación desasociar la literatura de los escritores españoles de su compromiso intelectual con las direcciones sociales y políticas de su país. A ellos mismos no se les ocurrió considerar las dos actividades como exclusivas, y en los tiempos en que vivían se vino a aceptar la función en la sociedad del escritor como intelectual político. En España particularmente, la élite intelectual asumió un carácter político persistentemente a lo largo de la primera mitad de este siglo, llegando a ser participantes importantes en cada momento crítico de la historia del país hasta los 1930.

² Buen ejemplo de este tipo de actividad por la juventud intelectual de principios de siglo fue el órgano periodístico *Juventud*, fundado en 1901 por Azorín y Baroja, que anuncia números especiales sobre temas tan variados como “El espíritu de protesta en la literatura”, “La poesía nueva”, “La Democracia”, y “La Patria”, y que cuenta como colaboradores al lado de los dos fundadores, Unamuno, Maeztu y Valle-Inclán, a Giner de los Ríos, Joaquín Costa, Rafael Salillas, Adolfo Posada, Dorado Montero, etc.

Ahora bien, lo que nos interesa aquí es ver cómo esta noción evoluciona hasta convertirse en el concepto historiográfico -la llamada “generación de 1898”- que ha influido tanto en la historia intelectual y literaria española.

Son de sobra conocidas la postura crítica de los jóvenes del 98 frente a la sociedad y la política de la Restauración, y su participación en algunas protestas públicas en contra del Gobierno, sobre todo la protesta contra los procesos de Montjuïc, pero no se han tomado demasiado en serio. Más quizás la militancia de Unamuno en el Partido Socialista hacia finales del XIX y su colaboración asidua durante varios años en *La Lucha de Clases*, órgano del partido; o la propaganda anarquista de José Martínez Ruiz, el futuro Azorín, y su afiliación con el movimiento federalista; y el texto revisionista de Maeztu, *Hacia otra España*. No obstante, se suele creer que la actividad pública de los del 98 fue más bien cosa de juventud, y que ya para 1905, al ver sus ideales frustrados, se evadían del medio inmediato, inclinándose hacia una visión estética o metafísica de la existencia, sin preocupación histórica, de talante más o menos conservador. Así, se habla del escepticismo de Baroja, de la “pequeña filosofía” contemplativa de Azorín, y de la crisis religiosa de Unamuno que le lleva hacia un espiritualismo trascendente y una actitud antieuropeísta.

La verdad, sin embargo, es que el radicalismo de las manifestaciones políticas -con la participación de Unamuno, Azorín, Baroja entre otros- que acompañaban la protesta contra los procesos de Montjuïc (1898-99); el anticlericalismo de 1901-02, y las huelgas de Barcelona en 1903, seguía haciéndose notar en ocasiones propicias -y siempre con la colaboración de los intelectuales y muchas veces bajo su liderazgo-: el homenaje nacional a Echegaray y el primer gobierno Liberal bajo Alfonso XIII (1905), la Ley de Jurisdicciones (1906), el proyecto de la Ley contra el terrorismo (1908), la guerra de Marruecos y la política que culminó en la Semana Trágica en Barcelona (1908-09), el fusilamiento de Ferrer (1909), y la destitución del mismo Unamuno como rector de Salamanca (1914), etcétera. Y se destaca el hecho de que en estas protestas van a intervenir intelectuales de distintas orientaciones y generaciones: krausistas, noventayochistas como Unamuno, Baroja, Azorín y Maeztu, socialistas, y jóvenes de la generación e Ortega y Gasset. Lo que parece haberles unido fue la necesidad que veían de reformar el Estado español, caracterizado -según todos- por su oligarquismo y plutocracia.

Etapas importantes en esta evolución fue la polémica entre Ortega y Gasset y Maeztu, entablada en los periódicos y en una nutrida correspondencia desde 1908, en que se discute el valor de la labor de la “generación”, que incluye Maeztu, Unamuno, Baroja y Azorín, entre otros, frente al problema de España y la política española. El contexto fue la idea de hacer una campaña socialista en España entre algunos intelectuales. Es a este grupo de intelectuales a que aludiría Gabriel Maura como la “generación del desastre” en su artículo publicado en la revista *Faro*, en febrero de 1908, mencionado a menudo como uno de los antecedentes del concepto de la “generación de 1898”.

La campaña de propaganda política se pone en marcha después de la Semana Trágica y tiene su culminación en la famosa conferencia de Maeztu, *La revolución y los intelectuales*, pronunciada en el Ateneo en diciembre de 1910³, en que el conferenciante da la definición más completa hasta la fecha de una generación de 1898. La acción de los intelectuales que salieron al mundo en 1898, puntualiza Maeztu, fue un grito contra los engaños en España: prensa, política, oligarquía, caciquismo, literatura, ciencia, glorias históricas. Habla Maeztu de “una línea ideal” que se había trazado en la Historia “que separaba los hombres anteriores a 1898 de los que se desesperaban y no continuaron la lucha, otros que se alejaron para pensar mejor en lo que había ocurrido, y todavía otros que renunciaron a vivir espiritualmente la vida nacional, consagrándose como prosistas o como poetas a refinar sus medios expresivos” (aquí la alusión a los *modernistas* es clara). Luego, aboga Maeztu por la intervención de estos nuevos intelectuales en la reforma del Estado bajo la tutela de ideas fabianas. Son estas ideas de Maeztu las que, en gran parte, recoge Ortega para escribir sus dos ensayos sobre “La competencia”, publicados en febrero de 1913, en que se plantea el problema de España con referencia específica a la “generación de 1898”⁴.

Como complemento a la idea de una generación de 1898, consistiendo principalmente de intelectuales como reformadores de la política y la cultura de España, se desarrolló coetáneamente la idea de una generación de 1898 más bien literaria -algunas veces asociada con los modernistas, otras veces, no-. Ya en 1904 Pardo Bazán escribe sobre “La nueva generación de novelistas y cuentistas en España”⁵, en que incluye a Azorín, Baroja, Valle-Inclán y Felipe Trigo, entre otros. Su obra, según ella, representa una ruptura con lo anterior, y refleja cierta desesperación y preocupación por el porvenir de España. De manera parecida, en su *Historia de la novela en España desde el Romanticismo hasta nuestros días*, de 1908, Andrés González Blanco menciona al mismo grupo de novelistas, para los que propone el rótulo de “generación del desastre” -concepto, como ya hemos visto, aplicado, el mismo año, por Gabriel Maura a la generación de intelectuales-. Y el mismo Azorín también empieza a delinear, en artículos publicados tan pronto como 1905 y 1907, lo que considera

³ La conferencia se reproduce íntegra en mi edición de textos de Maeztu, *Liberalismo y socialismo (Textos fabianianos)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984.

⁴ En “Ortega y el espíritu del 98”, *Revista de Occidente*, 48-49 (1985), pp. 9-53, Vicente Cacho Viu, sin estudiar los antecedentes y con otras intenciones de las que nos motivan aquí, reclama para Ortega la invención del término “generación de 1898”, término de que, según Cacho, se apodera Azorín enseguida para darle otro sentido. En “Spanish Literature as an Historiographic Invention: The Case of the Generation of 1898”, *The Crisis of Institutionalized Literature in Spain* (Minneapolis, The Prisma Institute, 1988), trabajo importante que sirve como complemento a lo que emprendemos en estas páginas, Antonio Ramos-Gascón toma como punto de partida el estudio parcial de Cacho Viu, pero no para comentar la postura de Ortega ante los noventayochescos definidos por Azorín, sino más bien para demostrar lo confuso y lo equívoco del concepto “generación de 1898” para la historia literaria de España.

⁵ Ensayo publicado en *Helios*, vol. 3, III-1904.

una nueva “generación” de escritores⁶. En estas páginas, tiene ya formulado lo esencial, la médula, de lo que va a decir sobre la generación denominada específicamente como de 1898 en los conocidos artículos de 1913.

Y así llegamos a una consideración detenida de los cuatro ensayos azorinianos de 1913, que son, después de todo, los textos de los cuales arrancan casi todos los intentos de definir la generación de 1898 como concepto historiográfico para la historia literaria. Allí, Azorín menciona como primera característica de la generación de 1898 el hecho de que ha protestado contra las prácticas viciosas de la política de España, contra lo no consistente con la realidad, contra “lo viejo”, pero no necesariamente contra “los viejos”, sobre todo los que representaban una continuidad de sentir. Ya que para Azorín la literatura es el más fiel reflejo de la sensibilidad, busca la “modalidad media del sentir” entre los españoles a través de la novela, crítica, y poesía entre 1870 y 1898, período que preparó la protesta de 1898. Y la encuentra en la agresividad del teatro de Echegaray, el escepticismo de Campoamor, y la visión realista de Galdós. De ahí, la mentalidad de la generación de 1898 (Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Manuel Bueno, Maeztu, Rubén Darío) fue moldeada por el espíritu de aquellos escritores, y por la tradición de la crítica social (Gracián, Cadalso, Jovellanos, Larra, etc.) que fue avivada por el Desastre. Además del espíritu de protesta que animaba a la juventud de 1898, también, según Azorín, obraban sobre sus modalidades literarias unas influencias extranjeras (Nietzsche, Verlaine y Gautier). Otras características de la generación mencionadas por Azorín son su amor a los viejos pueblos, su resucitación de los poetas primitivos, su fervor por el Greco, su rehabilitación de Góngora, y su entusiasmo por Larra.

Ahora bien, estos artículos de Azorín nos merecen varios comentarios. Primero, aparte de la protesta contra los vicios y corrupciones políticos y el hecho de que fuese un grupo influido por el pensamiento extranjero, sólo algunas de las características que atribuye Azorín a la generación figuran en efecto como tal en la obra de los llamados miembros. Ni Unamuno, ni Maeztu, por ejemplo, se mostraron especialmente interesados en Cadalso o Larra; y ni ellos, ni Baroja, tenían predilección por los poetas primitivos, etc. Segundo, estas mismas características se encuentran todas en la de Azorín. Y tercero y de otra índole, pero más significativo para nuestros propósitos aquí, es que los ensayos de Azorín sobre el 98 pertenecen a un proyecto más amplio de escribir una especie de historia de la literatura española, cuyo método historiográfico obedeció a la ideología, y hasta el discurso, de un programa político.

Como sabemos, Azorín emprende una reevaluación sistemática de la literatura española a través de artículos publicados en *ABC* y luego recogidos en *Lecturas españolas* (1912), *Clásicos y modernos* (1913), *Los valores literarios* (1914), *Al margen*

⁶ Los Maeztu, “ABC”, 31-X-1905 y *Sobre pintura*, “ABC”, 6-III-1907, los dos recopilados en *Pintar como querer*.

de los clásicos (1915), etc., en que busca, nos dice, las modalidades del vivir de los españoles -su estado de civilización- de donde se puede reconstruir la nueva patria, acorde con las posibilidades históricas. Es decir, Azorín escribe con intención que para nosotros hoy no sería puramente literaria. Y se destaca el hecho de que avanza una opinión negativa o positiva sobre la obra o el autor, basada en unos valores que él cree aconsejables para la política o la sociedad de su época. Así, gran parte de la crítica literaria de Azorín se supedita por una visión de una moralidad social y política en que la calidad de coherencia y de continuidad es un factor dominante, y en que se tiende a eliminar o ignorar lo conflictivo. Ahora, esta ideología procede directamente de los discursos y escritos políticos de Juan de La Cierva, uno de los jefes del partido conservador en que Azorín militaba entre 1905 y 1923 y cuyos principios personales y doctrinales encontraba como necesarios para la *reconstitución* de España⁷. En fin, es, en gran parte, el afán de insertar la generación de 1898 en el curso general de la historia del espíritu español y de enraizarla en la tradición que lleva Azorín a una definición de la generación de 1898 no sólo equívoca, sino que tampoco encuentra apoyo siempre en el texto literario o en la documentación de la época⁸.

Algunos de los escritores mencionados como miembros de la generación -Maeztu, Unamuno y Baroja- redondean la definición del '98 en artículos publicados poco después, insistiendo más bien en su orientación de intelectuales reformistas, sin prestar atención a los juicios azorinianos sobre sus intereses literarios. Y es curioso notar que tampoco insisten en el concepto de "generación", sino que utilizan expresiones que sugieren más bien "grupo". Parece que Maeztu veía el 98, como ya hemos podido ver, como un grupo más bien de intelectuales que se levantó ante el "orgullo nacional *anticrítico*". Según él, el problema de España era "no preguntar" ("El alma de 1898" y "La obra de 1898", *Nuevo Mundo*, 111-1913). Lo mismo se puede decir de Unamuno que en "Nuestra egolatría de los del 98" (*El Imparcial*, 31-1-1916) dice que fue un denuncia del derrumbamiento moral de la patria, "una gritería de protesta contra la pobre y triste política". Baroja niega la existencia de una generación al principio, opinión, sin embargo, que retira casi

⁷ Sobre Azorín y su visión de la literatura española, véase mi ensayo, "Azorín y la coherencia (ideología política y crítica literaria)", en *Ideología y política en las letras de fin de siglo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

⁸ A raíz de la conferencia leída por Salinas en el P.E.N. Club de Madrid, en la sesión del 6 de diciembre de 1935 -el texto de la cual es el que comentamos arriba-, Azorín sale otra vez a la palestra para hablar de la generación de 1898, en un artículo publicado el 2 de enero de 1936 en *Ahora*, "Los balcones de la Gobernación. 1898". Escribe: "La generación de 1898, querido Pedro Salinas, representa estrictamente, a mi entender esto: un ademán de rechazar y otro de adherir. Se rechaza... lo oficial... las marañas parlamentarias, todo, en fin, lo que representa un Estado caduco. Y se aspira a la unión íntima, amorosa y profunda con una España eterna y espontánea... Los componentes de la generación de 1898 eran diversos. Se inclinaban unos al pensamiento y otros a la acción. De estos últimos era Manuel Portela Valladares... La situación de España es...análoga a la de 1898..." (*Dicho y hecho*, Barcelona, Ediciones Destino, 1957, pp. 182-184). El Azorín republicano da ahora, en 1936, otro matiz a sus ideas sobre el 98, incluyendo esta vez a los reformadores activos en la política.

enseguida⁹. Es significativo, sin embargo, que ninguno presta atención a los juicios de azorín sobre los intereses literarios de la generación. Entenderían que la evaluación azoriniana de la literatura española llevaba a una interpretación de posibilidades para el futuro de España. De todas formas, queda claro que para el español de la época el uso de la “generación de 1898” se refería a un grupo de intelectuales, escritores y políticos caracterizado por unas preocupaciones nacionalistas y la futura de España, uso que se encuentra muy poco más allá, digamos, de alrededor de 1914, ya que las preocupaciones socio-políticas y culturales del país son diferentes¹⁰.

⁹ Salvo algunas pocas excepciones, los críticos no han llegado a interpretar con éxito el pensamiento socio-político de Pío Baroja. Hasta cierto punto esto se entiende, ya que su primera obra ha sido objeto de limitada investigación seria y gran parte de los textos accesibles han sido censurados, cambiados, o pobremente editados. Además, sus *Memorias*, publicadas en 1945-46, que proporcionan una mina de material, a menudo discrepan de manera importante de la documentación pertinente de la época. No obstante estas dificultades, no puede haber duda alguna de que una de las características principales del pensamiento de Baroja a la vuelta de siglo fuese el sentido de crisis con el cual interpretaba los resultados del liberalismo burgués del siglo XIX y sus instituciones sociales y políticas. Las frustraciones y fracasos del mismo Baroja como pequeño industrial independiente -director de una panadería- le llevaron a la toma de conciencia del dilema entre la teoría y la praxis en el capitalismo democrático, dilema que se destaca en varios artículos y ensayos que publica a principios del siglo, y que llega literalmente a dar forma a sus primeras novelas.

Durante el otoño de 1909, cuando ya se veía venir la caída de Maura, Alejandro Lerroux recluta a Baroja, junto con otros intelectuales tales como Ortega, Besteiro, Pérez de Ayala, Salillas, etc., a que entrasen en las filas del Partido Radical que había de formar una coalición con la Conjunción republicano-socialista para las elecciones municipales en diciembre de aquel año. El mismo Lerroux vino a Madrid con el único propósito de presentar a Baroja como candidato del Partido Radical, candidatura que recibió noticia favorable en la prensa. Además, fue Baroja quien redactó la plataforma, hecha principalmente de programas sociales urbanos, para toda la coalición. No debió de ser tarea difícil, como dijo un periodista, para el autor de *La busca* (novela barojiana, como saben, dentro de la trilogía “La lucha por la vida”, sobre la vida maleante en Madrid a la vuelta de siglo). Aunque Baroja perdió en las elecciones y después criticó la organización del partido, seguía involucrado en la política del Partido Radical durante la primera parte de 1910. Participó en una campaña anticlerical en Valencia en favor de las escuelas seculares que habían sido suprimidas a consecuencia del asunto Ferrer -escuelas, según Baroja, esenciales para una revolución intelectual en España-. También fue activo en una campaña “anticatalanista”, llevada a cabo por Lerroux para impedir la reorganización de los republicanos nacionalistas en Cataluña. Finalmente, sin embargo, la participación activa de Baroja en la política llegó a terminarse en la misma frustración y decepción que había sufrido antes en su intento de hacerse un acomodado industrial. Su experiencia política, entonces, le llevó otra vez a aquel estado de escepticismo individual y pesimismo, que había querido desechar.

¹⁰ Como ejemplo, Azaña hizo referencia, en una serie de artículos (entre ellos “¡Todavía el ‘98!’”), publicados en la revista *España*, que cubren los meses finales de 1923, después del pronunciamiento militar, al pensamiento de Costa y los regeneracionistas, los reformistas del partido de Melquiades Álvarez y los hombres de la Generación del 98. Según Azaña, los hombres del 98 hicieron tan sólo una labor crítica: “Opina algún escritor que ahora triunfan en España las ideas de la generación del 98. ¿Las ideas? No lo entendemos. La posición de aquellos hombres (de *aquellos* porque han cambiado bastante) era esencialmente crítica. Si algo significan en grupo (la obra personal los ha diferenciado, jerarquizándolos como es justo) débese a que intentaron derruir los valores morales predominantes en la vida de España. En el fondo, no demolieron nada, porque dejaron de pensar en más de la mitad de las cosas necesarias. Poetas y escritores, la rareza de su crisis juvenil depende de una coincidencia de fechas: al conflicto de la vocación -que es eterna- se juntaron el desconsuelo, el desencanto ante la derrota; incorporaron momentáneamente a su vida sentimental lo que se ha llamado “problema de España”. Desde entonces corre por válida la especie de que el ser español es una excusa de la impotencia.” Para las diferencias entre las ideas del 98 y las de los liberales bajo la dictadura de Primo de Rivera, véase el libro de Genoveva García Queipo, *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera* (Madrid: Alianza, 1987).

El hecho es que se tiene que esperar un par de décadas -hasta 1934- para un estudio académico del uso de la “generación de 1898” como concepto historiográfico fundamental y utilizable para una consideración crítica de la literatura española moderna. Me refiero al curso que dio Pedro Salinas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid desde octubre a diciembre de 1934 sobre *El concepto de generación literaria aplicado a la del 98*¹¹, y el libro del alemán Hans Jeschke, *La generación de 1898 (Ensayo de una determinación de su esencia)*, obra, sin embargo, que no se traduce al español hasta 1947.

Los dos emplean como punto de partida los cuatro ensayos de Azorín, que les parecen intuitivamente acertados; pero insisten en la vaguedad de su definición del 98, deficiencia que buscan corregir los dos a través de la noción de generación literaria que venía desarrollándose en la escuela de la “Ciencia de la Literatura” alemana durante los años 1920. Es decir, con estos estudios el vocablo “generación” que usaron Azorín y otros en sentido genérico, pasa a cobrar carácter específico, a ser una denominación de tipo técnico, por primera vez dentro de la historia literaria de España. Más específicamente, someten los hechos literarios acaecidos en la España de principios del siglo XX a la metodología que sugiere el germanista J. Petersen en su obra *Las generaciones literarias*, de 1930. Según Petersen, las características que una generación literaria presenta son: proximidad de fecha de nacimiento, coincidencia o comunidad de formación, relaciones personales entre los hombres de la generación, circunstancias vitales semejantes o un acontecimiento o experiencia generacional, existencia de un caudillaje, anquilosamiento de la generación anterior, y un lenguaje generacional.

En el curso de Salinas, se determina, por cierto de manera muy escueta que el grupo Unamuno, Benavente, Baroja, Azorín, Maeztu, y Valle-Inclán cumple con las características de “una generación” que exige la metodología de Petersen. Han nacido en años no distantes; hacia principios del siglo se reunían en algunas tertulias y colaboraban juntos en unos periódicos; y según Salinas, han convertido lo que representaba el desastre, “el 98” -la experiencia generacional de Petersen- “en una brutal realidad histórica que gravitó sobre todas las conciencias despiertas y que les hizo agruparse frente al problema esencial de esta generación: España”. Nietzsche fue el guía espiritual de la generación y el *modernismo* forma nueva de expresarse- su lenguaje generacional.

En otro estudio, de 1938, Salinas siente la necesidad de precisar las diferencias entre “generación de 1898” y “modernismo” para designar el movimiento de renovación literaria de finales del siglo XIX y principios del XX, ya que en aquellos años se usasen indistintamente¹². Y las entiende en términos de la actitud adoptada ante la insatisfacción

¹¹ Un resumen del cual se publicó luego en *Literatura española. Siglo XX*, México, Antigua Librería Robredo, 1949.

¹² *El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus*, también recopilado en *Literatura española, Siglo XX*.

con las normas estéticas imperantes. Mientras el “modernismo” busca la belleza (para Salinas, el “modernismo” era la poética propagada por Darío), el 98 representaba un examen de conciencia en busca de verdades. Es decir, su actitud íntima y radical ante el mundo, su peculiar postura frente a la realidad, es diametralmente opuesta a los modernistas. Al principio, los españoles -y está claro que Salinas identifica el “modernismo” con América- aceptaron y cultivaron el lenguaje modernista como expresión estética rebelde, pero pronto descubrieron la contradicción radical entre lo sensual y lo despreocupado del modernismo y el grave problematismo espiritual del 98. Y así acaba distinguiendo Salinas al Antonio Machado de *Campos de Castilla* del primer Machado o de Juan Ramón Jiménez.

En fin, a pesar de todo, para Pedro Salinas la “generación de 1898”, como para tantos otros, acaba caracterizándose no por unos atributos de índole verdaderamente estética o literaria, sino más bien por su problematismo espiritual frente a los problemas de España. Y no es de más notar que la progresiva importancia que se otorga a las ideas del 98 y su postura frente a la historia de España, junto a la influencia del krausismo en la generación, se podría relacionar con el hecho de que fueron fundamentales a la ideología de gran parte de la intelectualidad durante las décadas 1920 y 1930.

Pero lo que no se ha comentado nunca, que yo sepa, es la cuestión de ¿por qué buscó Salinas su historiografía en Petersen, cuya obra trata principalmente la *formación* de una generación -y no a la generación como periodización dentro de una continuidad histórica-; y cuyas ideas teóricas y erudición fueron francamente limitadas y desordenadas? Es más curioso todavía, porque fue Ortega y Gasset el pensador que probablemente más contribuyese al desarrollo de la historiografía generacional en Europa. Y el año antes de dictar Salinas su curso sobre la “generación del 98”, Ortega había dado el suyo, en la misma Universidad, sobre Galileo y la metodología historiográfica¹³, en que dedicaba tres conferencias al concepto de la “generación”. Tampoco debemos olvidar que el ensayo introductorio a *El tema de nuestro tiempo* trata también la noción de la generación como método historiográfico.

Para Ortega el concepto de la generación implica primeramente dos notas: tener la misma edad (aunque permite una zona de fechas) y compartir una experiencia vital -“una vivencia”-, que juntos llegan a significar una “comunidad de destino esencial”. Ya que cree Ortega que el hombre hace mundo o forja horizonte, la manera en que lo hace tendrá un perfil distinto según sea la perspectiva. Luego, entrará en diálogo el hombre con un sistema de convicciones -un mundo de “creencias colectivas”, “ideas de la época”, “espíritu del tiempo”- interpretando la actualidad de manera diferente según su edad (o generación). En toda actualidad, sin embargo, coexisten articuladas varias generaciones (3) y las relaciones entre ellas representan un sistema dinámico de atracciones y repulsiones, de coincidencia y polémica. El método de las

¹³ *En torno a Galileo* (1934), en *Obras Completas*, Madrid, 1983.

generaciones, según Ortega, consiste en proyectar esta estructura sobre el pasado, permitiéndonos así ver la vida desde dentro, en su actualidad.

De todas formas, manejando la misma metodología de Petersen, pero en más detalle que Salinas, Hans Jeschke también pretende dar fundamentación al concepto que encuentra completamente “necesario para la consideración de la literatura castellana moderna”. Al criticar el afán por parte de Azorín de colocar la generación de 1898 en el curso de la tradición española, Jeschke hace hincapié en la vivencia o la relación generacional ocasionada por los acontecimientos políticos alrededor de 1898. Da la impresión de “científico” en que habla de periódicos, revistas, tertulias, etc., pero al fin y al cabo demuestra una ignorancia capital de los documentos de la época. Se basa, a menudo en un solo libro, de los menos fiables, como, por ejemplo, el de Gómez de la Serna sobre Azorín. Todo esto le lleva a sugerir la existencia de varios grupos dentro de la generación, pero su análisis se limita a Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Benavente y Antonio Machado.

Establece Jeschke a Costa, el krausismo y Menéndez y Pelayo como antecedentes espirituales de la generación. Costa es su caudillo en cuanto a su actitud negativa frente a la política; Menéndez y Pelayo, en cuanto a su interés en la literatura y historia de España. La estructura espiritual de la generación del 98, según Jeschke, se basa en el pesimismo y el pensar escéptico -influidos por Nietzsche y Schopenhauer- y en su crítica de la política española. Su creación espiritual se define al principio por el gusto decadente, y luego, desaparece lo amargo y domina el interés contemplativo en el paisaje, literatura e historia de España. Es decir, para Jeschke acaba siendo una generación básicamente de espíritu conservador: el lenguaje generacional es modernista, el modelo literario es de tendencia lírico-íntima, inspirada en Verlaine y el simbolismo filtrados por Rubén Darío, el mundo lingüístico y estilístico se caracteriza por una predilección por palabras de expresión pesimista y negativa, un impresionismo literario, y la renovación sintética.

Los juicios de Jeschke son los primeros sobre la generación de 1898 que se basan en el análisis de unos textos. La lista de los textos que selecciona para estudiar el modelo literario y el mundo lingüístico de la generación de 1898 interesa no sólo porque determinan su construcción historiográfica, sino también porque contribuyen a la formación de un canon noventayochesco. Se destacan entre ellos *Sonata de otoño* de Valle-Inclán, *Camino de perfección* de Baroja, *La voluntad* de Azorín, y *Soledades, galerías y otros poemas* de Machado; todos del principio del siglo. Por otra parte, hay que insistir que en estos mismos textos -con la excepción de *La voluntad* y partes de *Camino de perfección*- es difícil encontrar la estructura espiritual de la generación de que habla Jeschke.

Igual que Salinas y Jeschke, Pedro Laín Entralgo nos explica su intención historiográfica en una nota previa, “Epístola a Dionisio Ridruejo”, a su libro *La generación del Noventa y Ocho* (1945): “El parecido generacional de los escritores del noventa y ocho ha sido estudiado con criterio biográfico”, en tanto españoles y literatos, pero pone en primer plano su condición de españoles. La orientación anunciada nos llama

la atención a la “otra España” que se propagó durante los primeros años de posguerra, hecho que sin duda influye en su estudio del 98. Para una elaboración de su orientación historiográfica, nos manda el autor a su estudio *Las generaciones en la Historia* (1945), que fue, según él, concebido como una introducción metódica a su trabajo sobre el 98.

Laín empieza precisando en qué consiste el parecido histórico entre Unamuno, Azorín, Baroja, Antonio Machado, Valle-Inclán, Ganivet y Maeztu. Y lo define en términos de unas experiencias biográficas que comparten: 1) el contacto con las inconsistencias de la Restauración, 2) lecturas europeas y modernas, y 3) una común e individual disidencia del catolicismo ortodoxo. De ahí, según Laín, los del 98 repudian la España que sus ojos descubren y la versión española de la vida moderna, y critican la singularidad de la historia política de España y la índole propia del hombre español.

Entre la acción reformadora y la creación literaria, sin embargo, la generación de 1898, según el estudio de Laín, opta por ésta, en que inventan “otra España” ensoñada, la intrahistórica. Los mitos que dominan el ensueño de esta generación son 1) el mito de Castilla, 2) la tercera salida de Don Quijote, y 3) una España venidera en la que se ha de enlazar su peculiaridad histórica e intrahistórica y las exigencias de la actualidad universal. Así, el precursor de la generación de 1898 es, para Laín, Menéndez y Pelayo. Y no hace falta subrayar el hecho de que los mitos vislumbrados por Laín en los escritos de los noventayochescos coinciden, más o menos, con la cultura que buscaba el franquismo.

En cuanto a los textos en que se basa Laín para formular sus juicios, hay que recordar primero que tanto Laín como Salinas y Jeschke aparecen desconocer, por ejemplo, los primeros escritos y la temprana participación política de Unamuno, Azorín, Baroja, Valle-Inclán y Maeztu. Así, tienden a despachar sus intereses socio-políticos y sus actividades políticas hacia principios de siglo como una especie de sarampión juvenil. Y es esta laguna tan crucial que van a llenar los críticos que revisan el concepto del 98 más tarde, en los años 1960 y 1970. No obstante, esta falta de acceso a ciertos textos, los que Laín sí selecciona, maneja y pone en primer plano distan mucho de ser representativas. Dominan los comentarios sobre *En torno al casticismo*, *Paz en la guerra*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, y los *Ensayos* (en dos tomos) de Unamuno, *La voluntad*, *Antonio Azorín*, *Las confesiones de un pequeño filósofo* y *La ruta de Don Quijote de Azorín*, *Camino de perfección y Juventud*, *egolatría* de Baroja, *Defensa de la Hispanidad* (1935) de Maeztu, *Idearium español* de Ganivet (obra clave de la “otra España” que no se había mencionado antes como noventayochesco), *Campos de Castilla* de Machado; y Valle-Inclán se comenta más bien a través de la obra de Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán*.

Ahora bien, como queda dicho, ambos Salinas y Jeschke sugieren que hay que buscar la renovación estética y literaria dentro del movimiento modernista, inscrita sí en un ambiente histórico y espiritual más amplio. Guillermo Díaz Plaja desarrolla esta idea, en su estudio de 1951, en que analiza la modalidad estética -el modernismo-

en las letras españolas entre 1875 y 1925. Para él, la generación del 98, más inclusive y de índole extra-estética, abarcaba una obra de trascendente sentido político. En el fondo, es esta idea de la coexistencia a principios del siglo de una modalidad estética y una modalidad ideológica, dentro de una nueva conciencia, que se encuentra institucionalizada en la mayor parte de nuestras historias de la literatura española.

Sin embargo, sigue la ascendencia del concepto de la generación del 98 dentro de la periodización de la historia literaria de España -concediendo menos importancia al *modernismo* por ser considerado como influencia extranjera-. Así, Luis Granjel en su importante *Panorama de la generación del 98*, de 1959, descubre en el grupo de escritores noventayochistas unas actitudes -una viva inquietud política, la preocupación por la situación española y el tema de España- que se encontraban en las obras que escribieron, fueran éstas ficción novelesca, artículo periodístico, meditado ensayo. Éste es ejemplo de historiografía literaria que Ricardo Gullón considera regresiva en su ensayo *La invención del 98*¹⁴, porque al mezclar historia y crítica es ajena a lo esencial del proceso creador. Concepto útil -el de la generación del 98- para estudios históricos, sociológicos y políticos, según Gullón, pero perturbador en cuanto a su aplicación a la crítica literaria. Su éxito se debió en parte a la inclinación a los estudios temáticos, poco productivos para desentrañar el problema de la creación literaria. Por otra parte, José Luis Abellán, en *Sociología del 98* (1973), entiende que el concepto pertenece fundamentalmente a la historia de las ideas.

Para concluir, a pesar de la aparente institucionalización del concepto de la generación de 1898, su aplicación a la historia literaria siempre ha sido problemática más que nada porque los críticos no se han fijado ni en la ideología, ni en los conceptos de “literatura” e “historia literaria” que sostenían y determinaban las varias construcciones. Otros factores han sido, de un lado, un cambiante canon de textos individuales que no coincide siempre con el concepto; y, del otro, el relativamente reciente acceso a nuevos textos de la época, antes desconocidos por la crítica.

De todas formas, si volvemos ahora al significado de la “generación del 1898”, llega a estar claro que consiste en una generación de intelectuales y escritores cuya obra se caracterizaba por una preocupación por el “problema de España” en el contexto de su futuro al nivel europeo, tanto político y social como cultural.

¹⁴ En *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969.